

## Última Bala

El silencio que siguió luego de aquella explosión aun reinaba en el patio, levemente mojado por el rocío. El sonido que ya había callado había sido igual al explosivo ruido que salía junto con cada bala del arma que se encontraba en aquel momento en la funda de mi cinturón. Aquel silencio, quieto, sigiloso, esperaba el momento justo para dejarse dominar por el ruido, que finalmente llega y me orienta, para saber adónde tengo que correr. Corro por los pasillos de aquel laberinto con paredes de árboles y arbustos cuidadosamente podados. Al final llego a una habitación con paredes iguales a las del laberinto y sin techo. Allí, hay un hombre con la cara tapada y los pantalones mojados, también creo que tiene la misma campera que yo. Se incorpora rápidamente con un arma en la mano, justo cuando irrumpo en la habitación; no pude reconocerla desde la posición en la que me encontraba. Una última bala es todo lo que queda en mi cinturón.

Él me apuntaba. En un movimiento ágil tomo mi arma. El hombre parece preocupado: le tiembla la mano. Desesperado, me lanza el arma y corre hacia mí. Yo, asustado, disparo. La bala no lo mata, él estaba en movimiento y me fue difícil apuntar, pero luego de desgarrador silencio cae con un grito estremecedor. Yo ya he escuchado este grito tras ese silencio sigiloso, pero no puedo concentrarme en eso ahora. Corro al otro lado de la habitación y lo distingo agonizando. Decido ver quién es, pero cuando le quito el pañuelo que le cubría la cara, encuentro mi mismísimo rostro en el lugar en que podría haber cualquier otro. En mi frente se forman perlas de sudor y los nervios me arrastran hasta aquella arma, igual a la mía, que tiene dentro un cartucho vacío.

Al fin comprendo, y mientras alguien corre tratando de encontrar la habitación en la que estoy pienso qué puedo hacer. Me decido, vuelvo al lado del muerto, y tomo su pañuelo para cubrir mi cara. No sé qué podría pasar si viese mi rostro desde el primer momento;

también tomo mi arma vacía, sabiendo que esta es la única forma de darme una oportunidad de sobrevivir. Alguien irrumpe en la habitación mientras el cadáver desaparece y yo me incorporo, con la cara tapada y apuntando con mi arma vacía, a la persona que va a matarme con esa última bala.

**Manuel Heras**